



DISCURSO

LEIDO EN LA PRIMERA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO
SEMINARIO DE CIUDAD VICTORIA LA NOCHE
DEL 2 DE NOVIEMBRE DE 1873.



ACABAMOS de terminar el primer año de nuestra vida escolástica, y os hemos convocado, Señores, para que veáis el fruto de nuestras primeras tareas, y aplaudáis los primeros triunfos de nuestros jóvenes educandos. No podemos introducirnos á dorados salones, ni regalar vuestros oídos con dulces ecos de numerosas orquestas; ni mucho menos convidaros á certámenes literarios ó espectáculos científicos, cual los que nos hacen contemplar las universidades y colegios, los liceos y seminarios de otras capitales más antiguas que la nuestra. Pero estoy seguro que la sencilla fiesta de

familia que habéis venido á honrar con vuestra presencia, os llenará de mayor júbilo, y henchirá vuestros corazones de un orgullo más noble, que otras pomposas solemnidades. Así á menudo nos embelesa más y nos encanta el observar los primeros pasos del niño que no há muchos meses vino al mundo, que el asistir á los atrevidos ejercicios de robustos atletas.

Está en su infancia nuestro pequeño ateneo, y no puede gloriarse sino de los débiles esfuerzos que ha empezado á hacer, al emprender su marcha por el arduo camino de la ciencia. Pero estos esfuerzos, me complazco en decirlo, son tales y de tal magnitud, que prometen un porvenir risueño de gloria y de ventura. Ya sea que miremos el número siempre creciente de los alumnos; ya sea que atendamos á la constancia inquebrantable del rector y profesores; ya sea que consideremos el ardor universal por estudiar y hacer progresos en las letras divinas y humanas, vemos patentemente que la Providencia se ha dignado bendecir nuestra empresa, y nos tiene cubiertos con la sombra de sus alas.

Y en verdad, Señores, si no hubiera sido mi ciega confianza en esta adorable Providencia, jamás me habría atrevido á abrir nuestro pobre colegio, jamás habría osado haceros las promesas que pregoné en este año el día sagrado de la Epifanía del Señor. Pero la experiencia me ha demostrado que en las obras de Dios es menester pedir á Dios tan sólo su soberano auxilio; que Él se complace en ensalzar á los débiles para confundir á los fuertes; que nunca deja de socorrer á los que le invocan. Así ha acaecido con nuestro naciente colegio; y muchos de vosotros, que estáis palpando cuán grave mal es la pobreza

en los establecimientos de enseñanza, os admiraréis de que el nuestro, en medio de la falta absoluta de recursos, no sólo no haya detenido un momento su marcha progresiva, sino que haya prosperado aún más de lo que hubiéramos osado esperar. ¡Bendigamos de corazón á la Providencia! Mientras otros planteles ricos en fondos, llenos de elementos y apoyados en poderosos protectores, tocan á su fin ó arrastran una lánguida existencia, nuestro pobre seminario surca, viento en popa y sin zozobrar, el mar tempestuoso cuyas olas embravecidas amenazan sumergir en nuestra México todo lo que es católico.

Cuando hace pocos meses circuló por todos lados nuestro vasto programa, no faltó quien al verlo exclamara: “¡Soñadores! ¡Cuán libre vuela por las regiones de lo ideal el pensamiento de los seminaristas victorenses!” Y sin embargo, Señores, no ha sido un sueño. Abiertas han estado todas las cátedras que ofrecimos, y si ahora no podemos presentaros consumados juristas ni teólogos acabados entre nuestros alumnos, es debido á las circunstancias y no á nuestro plantel. No era posible hacer hojear á Justiniano á niños aún no bien acostumbrados á los bancos de una escuela, ni hacer gustar las profundidades de Santo Tomás á jóvenes que por primera vez supieron quién es Dios al pisar el umbral de nuestro colegio. No obstante, la parte más difícil del camino que conduce á esta meta, la hemos recorrido. Un premio ofrecido al que más se distinguiera en el estudio de Nuestra Santa Religión, ha dado por resultado un lucido certamen de Doctrina Cristiana, á que con muy pocas excepciones, todos nuestros alumnos han concurrido, y en

que todos han mostrado grande aplicación y talento. El niño, apenas bilustre, que obtuvo el galardón en la justa catequística, merece una mención especial y me apresuro á tributarle los loores debidos. Su nombre es CRUZ TORRES, y en otros ramos se ha distinguido no menos por su aptitud y aprovechamiento. ¡Quiera Dios, oh niño, conservar tu alma pura y sin mancha! ¡Antes la muerte venga á arrebatarte á tus padres y á nuestra sociedad, que la malicia cambie tu entendimiento! ¡Sirve siempre de ejemplo á los que, mayores en edad, se han mostrado inferiores á tí en buen juicio y amor á la verdadera sabiduría, cuyo principio es el temor santo del Señor!

Habéis visto igualmente que hemos premiado los adelantos en la cátedra de Filosofía, y que cinco premios hemos distribuido á los más aprovechados en el estudio de las Humanidades. No puedo menos que confesaros el grave temor que por mucho tiempo abrigué de que este importante ramo del humano saber, base y fundamento de los estudios superiores, no hallara en nuestra juventud sino pocos adeptos. Mucho temí que apenas pulsadas las primeras dificultades de la gramática latina, abandonaran casi todos el estudio de la lengua incomparable de la Iglesia y de Cicerón.

Gracias á los cielos, mi temor fué vano. Grandes progresos y grande emulación he podido observar en mis tiernos humanistas, y para animarlos más y más, á pesar de mi notoria pobreza, prometo solemnemente un premio de diez onzas de oro al joven que después de haber cursado tres años, por lo menos, en mi seminario, la lengua latina y ramos anexos, presente á mi satisfacción

un examen, en que, distinguiéndose sobre sus demás compañeros, se muestre no sólo perito en la gramática, sino versado en la traducción de los principales clásicos, y no extraño á la composición en prosa y verso. Y si este joven hubiere dado pruebas de intachable moralidad y espíritu religioso, si mostrare vocación al estado eclesiástico, cuente con mi protección perdurable. Yo le ofrezco que, si así conviniere, atravesará bajo mis auspicios el Océano, y hará á mis expensas su educación en el Colegio Pío-Latino-Americano de Roma, que es, Señores, donde yo bebí los principios de la ciencia teológica y los rudimentos de las lenguas orientales, y que en mi indigna persona, ha enviado á Tamaulipas el primer Obispo educado en su seno.

La escuela de instrucción primaria seguirá anexa á nuestro establecimiento. Los exámenes de esta no despreciable porción de nuestro ateneo han sido presenciados por muchos de nuestros más respetables conciudadanos, y tengo motivos para creer que no hemos desmerecido su estimación. Lo que en otros colegios sería un agregado de poca importancia, en nosotros es una necesidad imperiosa. ¡Es triste en un país católico y en un ateneo católico tener que enseñar los primeros rudimentos de la Doctrina Cristiana á jóvenes ya crecidos! ¡Es triste recibir alumnos en quienes se ha desarrollado la malicia antes que hayan aprendido á hacer siquiera la señal de la Cruz gloriosa que venció al mundo! Para evitar estos males, recibiremos alumnos desde la más tierna infancia, como lo hemos hecho hasta aquí, y será nuestro especial cuidado el formar su corazón al par que su entendimiento.

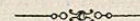
Muy satisfecho he quedado, no me cansaré de repetirlo, del buen éxito de nuestras primeras tareas. Valor, ¡oh jóvenes educandos! Aunque hartos mezquinos son los pequeños premios que os ha dado mi mano, á vuestros ojos deben ser preciosos, pues si bien su valor material es insignificante, representan el agradecimiento y amor de vuestro Prelado, que ve que no sois ingratos á sus fatigas y sacrificios. Grande tambien es mi reconocimiento, Señores, al digno superior, Presbítero D. José de Jesús Montemayor, cuya constancia y prudencia me han servido de mucho, y que, fiel sacerdote, ha observado cumplidamente mis prescripciones y órdenes para el buen régimen de mi seminario. Me aprovecho tambien de esta oportunidad para elevar un voto de gracias al Gobierno del Estado por la protección que nos dispensa. En primer lugar, fiel á los principios que nos rigen, ha hecho que la libertad de enseñanza sea una verdad para nosotros; y esto, Señores, es ya mucho en los tiempos que atravesamos. En segundo lugar, á él debemos el techo que nos cubre, y este es un favor inestimable en una ciudad como la nuestra, en que son tan escasos los edificios públicos y privados, y en que la renta, áun de una choza, es poco menos que la de un palacio en otras poblaciones.

Pero ante todo, y sobre todo, Señores, demos las más rendidas gracias por su infinita bondad al Dios Todopoderoso, á quien corresponde toda alabanza, todo honor, toda gloria por los siglos de los siglos.



CARTA

A LOS PÁRROCOS Y FIELES DE LA DIÓCESI.



Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:

LAS continuas fatigas y el incesante movimiento á que nos condena nuestro pastoral ministerio, nos habían obligado á diferir la publicación de dos importantes documentos que hace varias semanas hemos recibido. El primero es una alocución dirigida por Nuestro Jefe Supremo, el Romano Pontífice, al Sacro Colegio de Purpurados, y que concierne á todos los católicos de una manera muy directa. El segundo es un discurso pronunciado el mismo día y por los mismos venerandos labios, y que también es de suma importancia